

LA RUTA DE LA MEMORIA

El primer carné
del partido

El que abraza, de espaldas, es Julián Serrano. El que es abrazado efusivamente es Arturo Arévalo. El mismo que levanta victorioso algo así como una cédula. Palmas que no salieron en la foto festejaron el acto de propaganda del Partido Comunista. Un golpe maestro el de dar tarjetas para identificar a los camaradas. “Eran los primeros carnés que teníamos”, recuerda el protagonista (nacido en el 36 y ahora casi septuagenario) que reconoce que más que de efectividad, el acto presumió de simbolismo. *El Partido* (que era llamado así porque “no había otro”) consiguió movilizar a varias decenas de militantes que recibieron su documentación en el evento celebrado en las Moreras. Un paraje cercano a lo que ahora es la Universidad Carlos III y en aquellos tiempos de la dictadura era la piscina municipal Ciudad de Vigo. Los convidados de piedra a la cita comunista fueron *los grises*, quienes (también fuera de la foto) aguardaban atónitos el desenlace. Cuando Arévalo comenzó a nombrar a sus colegas, asegura que los policías salieron corriendo a llamar a Gobernación de Madrid para preguntarles qué hacían con los insurgentes. “Yo ya estaba preparado para que me detuvieran”, reconoce quien narra la historia. Pero los agentes regresaron sin decir nada ni detener a nadie. El que se cuelga la etiqueta del militante más anti-

guo del municipio no temió abanderar esta acción provocadora. “Como yo ya había estado en la cárcel...” sostiene tras repasar sus credenciales: tres años tras las rejas de la prisión de Burgos y varios meses que dieron sus huesos en la de Carabanchel, coincidiendo con los estados de excepción.

La vida de este getafense de adopción, que llegó desde Toledo a la localidad —porque había oído hablar de ella en Radio España Independiente— representa la de tantos otros que durante cuarenta años nadaron a contracorriente. Tras terminar el servicio militar ingresó en CASA, siendo eslabón de la maquinaria propagandística del partido, repartiendo ejemplares de *Mundo Obrero* a los trabajadores. Se los pasaban de unos a otros. La tercera mano a la que le llegaba tenía la consigna de deshacerse de la publicación. El milagro de la multiplicación no marginaba a los rojos: veinte ejemplares se convertían en sesenta. Luego venían las detenciones, las idas y venidas a Gobernación. Y vuelta a empezar.

De los años duros, recuerda la clandestinidad en la que estaban sumergidos: siendo las reuniones ilegales, los camaradas improvisaban sus encuentros en la calle Madrid. De punta a punta la atravesaban, y en el paseo encontraban su tapadera para hablar de política y conspirar.

Noemi Moyano